

ANTE LA COVID-19: LA BANCA PARA EL DESARROLLO Y LA NUEVA NORMALIDAD EN AMÉRICA LATINA

Maximiliano Alonso

26 de enero de 2021

Se ha vuelto un lugar común afirmar que la pandemia cambió completamente el mundo en que vivimos, transformando la “normalidad” en excepción. Aunque es cierto que la pandemia desató una crisis de proporciones sin precedentes, empeorando todos los indicadores económicos y sociales, esta descripción de la situación parece sugerir que el mundo en que vivimos estaba bien antes de la COVID-19, lo que es evidentemente cuestionable. En este sentido, la pandemia puede ser una excelente oportunidad para revisar las instituciones y sus prácticas y plantear la necesidad de hacer las cosas de otro modo. El trabajo a realizar deberá enfocarse en un presente y un futuro que no respete el enfoque previo a la pandemia; la “nueva normalidad” tendrá que ser un reflejo “no” prepandémico.

En este proceso, los Bancos Multilaterales de Desarrollo (BMD) tienen un rol fundamental, pero, al igual que otras instituciones, deben revisar las estrategias que han implementado hasta ahora para cumplir ese rol.

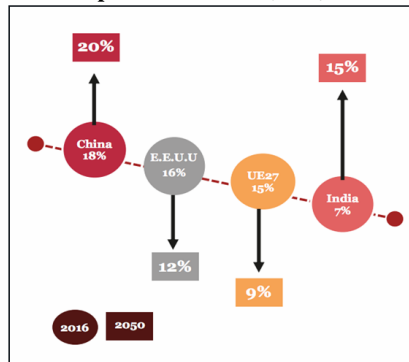
Los BMD también sufren las consecuencias de la pandemia, desde la modificación de sus programas operativos hasta la reflexión sobre sus modelos de gobernanza. A menudo enfrentan dificultades para mantenerse enfocados en agendas relacionadas con crisis después de que estas se disipen, lo cual limita su capacidad para aprender y aplicar lecciones. Por eso es importante pasar a un enfoque de preparación ante pandemias, similar al que se hace en casos de desastres naturales, en el que las respuestas ante situaciones concretas se reemplazan por la preparación ante posibles emergencias. También es esencial aprovechar el tiempo que transcurre entre crisis para generar capacidades, pues resulta prácticamente imposible atender a todos los aspectos de una emergencia en plena crisis.

Cuando se observan los indicadores prepandemia, se verifica que las estrategias de desarrollo que han seguido los países de los sectores más pobres del mundo, e incluso los países desarrollados, no han sido eficientes. Desde hace treinta años, la

Unión Europea (UE) ha querido consolidarse como puntera en el camino de la innovación y el liderazgo, pero no ha podido ubicarse en el centro de la escena de la política internacional desde entonces. Las proyecciones al año 2050 no son muy alentadoras para las actuales potencias globales.

Por otro lado, desde 2002 a 2015 América Latina y el Caribe ha tenido una política de crecimiento económico sostenido que le ha permitido desarrollarse sustancialmente en términos de infraestructura.

FIGURA 1. Participación en el PIB (PPA) mundial (2016-2050)



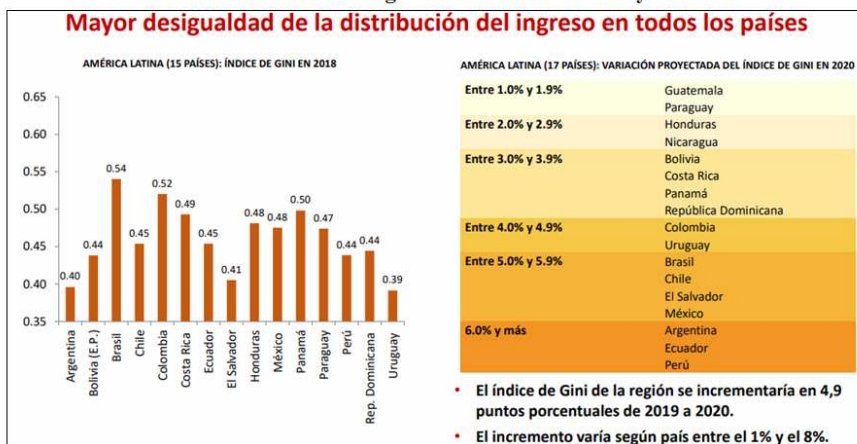
Fuente: PwC, 2017.

Los países emergentes, en cambio, han sido los que han tomado una posición más estratégica, y son los que se están animando a realizar cambios, a adecuarse para generar nuevos procesos, creando así un nuevo espacio en la política y en la geopolítica internacional.

Al comparar la América Latina de los años noventa con la actual es evidente que hay un proceso de contundentes mejoras; sin embargo, en términos de distribución de la riqueza ha habido una gradualidad en la región que no se compara con el crecimiento económico.

FIGURA 2. Distribución del ingreso en América Latina y el Caribe

Mayor desigualdad de la distribución del ingreso en todos los países



Fuente: CEPAL, 2020.

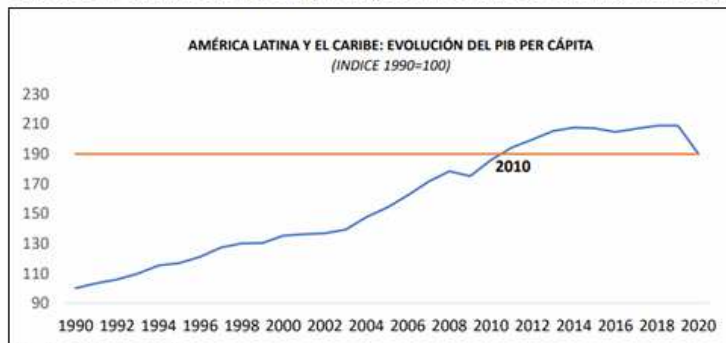
Como se observa en la figura 2, los indicadores reflejaban un estado de inequidad de los más importantes del mundo. Con la pandemia existe un retroceso que consume toda la evolución de los últimos 10 años, lo que ha dado origen a la denominación de “la década perdida”.

La figura 3 muestra que en términos de ingreso per cápita se ha retrocedido a los niveles de 2010, lo cual supone un retroceso en los esfuerzos en materia de reducción de la pobreza, así como la necesidad de revisar los lineamientos seguidos hasta ahora.

situación anterior. La pandemia encuentra a Latinoamérica en una situación extremadamente frágil, marcada por un alto nivel de empleo informal, una brecha digital acuciante, un sistema de salud desigual e insuficiente, sumado al alto nivel de endeudamiento de la mayoría de los países de la región (Sanahuja, 2020).

A diferencia de Estados Unidos y de Europa, Latinoamérica no puede acceder a los recursos financieros que en este momento son vitales para afrontar una crisis de las dimensiones que la pandemia supone.

FIGURA 3. Caída del ingreso per cápita en América Latina y el Caribe



Fuente: CEPAL, 2020.

Como señala José Antonio Sanahuja, la COVID-19 es una “crisis de desarrollo, y no solo una crisis sanitaria” (2020: 25). Esto implica que el concepto de “desarrollo” que sustenta la acción está equivocado y este es un momento ideal, precisamente por la urgencia y la dimensión de la crisis, para revisarlo. La pandemia refuerza las desigualdades existentes de la región y, al mismo tiempo, condiciona las respuestas que los gobiernos pueden dar, cuyos márgenes de acción dependen, en gran medida, de la

Es por eso que, en este contexto, el rol de los bancos multilaterales de desarrollo es crucial: es necesaria, como ha señalado el “Grupo de Trabajo Iberoamericano para la Recuperación Socioeconómica en el marco de la COVID-19” en su reunión de octubre de 2020, una “actuación coordinada, más amplia y eficiente de los bancos de desarrollo activos en el espacio iberoamericano” (SEGIB, 2020: 13), ya que solo ellos son los que pueden brindar las respuestas financieras que la región necesita.

Sin embargo, si la pandemia desnuda problemas estructurales, obligándonos a repensar modos de acción, esto es también aplicable al rol de los BMD. En lo que sigue argumento que es necesario un modo acción de los BMD caracterizado por tres puntos: la proactividad, la coordinación y la complementariedad.

De lo reactivo a lo proactivo

Los BMD tienen como objetivo ayudar financieramente a los países a satisfacer sus necesidades de desarrollo. Como tal, los BMD responden a las demandas de los países, brindándoles los recursos que necesitan para cumplir sus objetivos. Una dificultad que enfrentan los BMD radica en la tensión entre, “simplemente”, dar a los países lo que demandan o intervenir en diversos grados. Esto podría expresarse como una tensión entre política y tecnocracia. Por un lado, los países pueden argumentar que la banca cumple una función tecnocrática y no tiene derecho a influir en las decisiones políticas, ya que no han sido votados para ello. Esta es la potestad del gobierno electo de cada país. Por otro lado, los BMD sostienen que las demandas de los países suelen estar impulsadas por la contingencia, por la obligación de dar respuestas a las necesidades más urgentes. Atender la contingencia impide desarrollar una estrategia y solo una estrategia adecuada permitiría cubrir las necesidades reales a mediano y largo plazo. Desde este punto de vista, la tecnocracia no se

opone a la política, sino que es necesaria para cumplir efectivamente los objetivos políticos. A esto se suma el carácter complejo de los países en su relación con los bancos multilaterales: si por un lado son sus clientes, por otro son al mismo tiempo sus dueños, ya que participan colegiadamente de los gobiernos corporativos de estos organismos.

La necesidad de dar respuesta a lo urgente atenta, por lo tanto, a la necesidad de diseñar e implementar una estrategia, de actuar *anticipadamente* en lugar de *reactivamente*. En el caso de los BMD, podemos observar que han replicado esquemas respondiendo a los pedidos de sus clientes a través del otorgamiento de créditos, y ese impacto —limitado— ha sido el que se ha observado en la prepandemia. Si solo se atiende a necesidades urgentes, si solo se reacciona de manera contingente en lugar de diseñar estrategias, lo único que termina siendo sostenible son los retos de siempre.

Este carácter reactivo se observa, por ejemplo, en la escasa inversión en los sistemas de salud que resultaron del aporte de la Banca Multilateral de Desarrollo en las regiones más vulnerables. Durante el período 2010-2016 los BMD aprobaron más de 22.815 millones de dólares para la región centroamericana, el equivalente al PIB de Honduras o casi el doble del PIB de Nicaragua. Es importante mencionar que casi el 50%

del monto aprobado para este tipo de instituciones se destinó a infraestructura, principalmente vial y de energía. En cambio, los sistemas de salud, el sistema educativo y la actualización tecnológica no fueron considerados estratégicos, algo que la pandemia dejó claramente en evidencia. El hecho de no haber invertido en estas áreas ha puesto a la región, durante la pandemia, en una situación de extrema vulnerabilidad.

Un ejemplo de lo que significa una posición proactiva puede verse en el caso de los recurrentes huracanes que azotan la región. Regularmente, con una regularidad que incluso se ha incrementado en los últimos años, varios de los países de la región sufren las consecuencias de un fenómeno climático devastador. En todos los casos, los BMD aportan recursos indispensables para paliar los daños en términos de infraestructura habitacional, reconstrucción de calles, evacuación y desplazamiento de la población, etc. Y, sin embargo, a pesar de ser fenómenos que se repiten y de solicitar cada vez recursos similares, no hay una estrategia que se anticipe al próximo fenómeno y que previamente pueda alocar los recursos necesarios.

Los BMD no deben reunirse, solamente, para responder a un problema puntual, acuciados por la urgencia. En estos tiempos de crisis se tiene la obligación estratégica de *construir previsibilidad*. La utilización de la

tecnología, la posibilidad de prever a través de la inteligencia artificial situaciones futuras, de evaluar incluso impactos positivos o negativos, está lejos de suceder al interior de las bancas para el desarrollo; está en camino, pero aún lejos de resolverse.

De la vinculación a la coordinación estructurada

Un segundo punto se refiere a la necesidad de una *coordinación estructurada* entre los diversos bancos. Una de las debilidades en los procesos de trabajo para resolver impactos regionales o globales, como el de la pandemia, ha sido la falta de una mayor coordinación y la ausencia de un diálogo estructurado entre la banca multilateral. Así como los países y las regiones tienen diálogos estructurados para la creación de políticas de cooperación conjuntas, los BMD deberían implementar procesos similares. Esto haría posible un desarrollo de inversiones que no se dupliquen o tripliquen en función de otros asuntos multilaterales, y crearía una coordinación de política para darle un mejor tratamiento a los principios de eficiencia y efectividad.

La coordinación estructurada entre los BMD, así como el diálogo con y entre regiones, es fundamental para crear armonización y apropiamiento, elevando el impacto y la sostenibilidad de resultados. Estos serían custodiados por todos los actores del entorno, dando vida a políticas públicas que sean el conjunto de las inter-

venciones (acabar con el aislamiento e intervenciones de laboratorio). Para lograrlo hay que trabajar en adaptar la gobernanza multilateral a esta realidad y dejar atrás criterios de elegibilidad de países de manera individual, buscando el balance entre lo político y la tecnocracia. Si los mismos países son los que se sientan en los gobiernos corporativos de los BMD, entonces, ¿por qué no se armonizan los esfuerzos entre ellos? No hablamos de estandarización, porque no se trata de limitar la innovación y la capacidad de adaptación de los BMD en cada región o país, pero sí de una armonización para elevar la efectividad de los recursos y no volver a escenarios donde la tensión entre política y tecnocracia hizo que la Banca Multilateral de Desarrollo perdiera capacidad de anticipación. Se deben proponer reformas y medidas que incentiven un proceso de formalización masiva de acuerdos, a fin de garantizar la coordinación macroeconómica regional. Esto es fundamental para garantizar el buen uso de los recursos y una base de cooperación que permita aliviar los ajustes en la economía y en la sociedad.

Obviamente, no se puede negar que han existido procesos de comunicación entre las diferentes instituciones multilaterales para resolver temas puntuales, como es el caso de catástrofes ambientales. Sin embargo, como se mencionó anteriormente, lo que ha primado es una posición reac-

tiva al problema. La necesidad de un diálogo estructurado no solo concierne a los distintos bancos que integran la Banca Multilateral de Desarrollo, sino también a los distintos sectores involucrados: el sector público, el sector científico, el sistema financiero y el sector privado.

De la misma manera, es de suma importancia asociarse con organismos técnicos especializados. El papel de convocatoria y financiación de los BMD funciona mejor cuando se combina con los conocimientos técnicos de los organismos especializados en la materia en cuestión, por ejemplo, con la Organización Mundial de la Salud (OMS) en los procesos de atención a la pandemia. El apoyo que proviene de múltiples socios en respuesta a la crisis a menudo es descoordinado y puede abrumar al receptor, al gobierno o fallar en los resultados deseados. Las asociaciones entre la Banca Multilateral de Desarrollo y la OMS resultan claves para un rápido desembolso en el contexto de la crisis sanitaria, sumando un brazo técnico, con el objetivo de asegurar el uso efectivo de los recursos. En este sentido, la OMS ayuda a evaluar la calidad técnica y adecuación de las solicitudes de los países.

Un ejemplo de éxito es el Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE), emulando lo dicho: por un lado se convirtió en el primer BMD en efectuar la emisión

del “Bono para la Vacuna COVID-19” en el mercado asiático, siendo así la primera institución financiera en aplicar este instrumento dirigido a la adquisición de vacunas para la población centroamericana. Por otra parte, esto implicó una coordinación con brazos técnicos en materia de salud (Organización Panamericana de la Salud) para garantizar la pertinencia técnica de las medidas a financiar. Esta interinstitucionalidad sectorial debería ser uno de los pilares del nuevo modelo de gestionar el desarrollo.

El diálogo estructurado entre los diferentes organismos es una posibilidad para generar espacios de construcción política mucho más eficiente. Se necesitan nuevos modelos de gobernanza que permitan no solo estructurar el sector, sino que habiliten a nuevas estructuras de acción. En otras palabras, dar forma a un espacio en el que se puedan generar programas regionales estructurados por múltiples bancos multilaterales.

Esto se podría lograr mediante la facilitación de un tejido de políticas públicas por parte de los países, asistidos por los BMD y los entes técnicos sectoriales, las que a su vez sean fondeadas con “canastas de recursos multilaterales”, provocando una ejecución con los debidos niveles de apropiación por todas las partes, incluyendo la sociedad civil.

Lamentablemente seguimos hablando de desarrollo humano, pero seguimos invirtiendo en infraestructuras. Seguimos hablando del tercer contrato social por la educación, pero continuamos invirtiendo en el segundo o el primero. Tenemos las herramientas tecnológicas, los recursos humanos, las *soft skills* y todo lo necesario para hacer una verdadera actualización de las instituciones.

La reactivación económica deberá articular la tecnología, implantar un fuerte impulso al desarrollo científico, la reindustrialización y un firme compromiso con la reducción del cambio climático y la pobreza. Nos encontramos ante una situación única para revisar los modelos de innovación y aprender la lección a fin de estar preparados ante próximas crisis.

De la competencia a un modelo de complementariedad

La creación de programas conjuntos y fondos regionales articulados entre la banca multilateral podrían ser instrumentos de una estrategia diseñada de manera proactiva. Imaginemos que, en la prepandemia, la banca multilateral y los países socios hubieran apostado por una política estructural sanitaria. Hoy es fácil hablar con el diario del lunes.

La sanidad en los países en vías de desarrollo, tanto como en los países desarrollados, es un bien público y un valor que refuerza y da sostenibilidad a las políticas de desarrollo. La

salud es un indicador directamente proporcional al desarrollo de una nación o una región.

Para que esto dé resultado es necesario que exista un proceso de diálogo estructurado y permanente en el tiempo. Así, se podrán ir disminuyendo los procesos individuales de la competencia y avanzar hacia un modelo de complementariedad. Esta no es una exposición ingenua; sabemos de la necesidad que genera el mercado en procesos de competencia leal para su equilibrio y el de las instituciones; por consiguiente, cabe preguntarse: ¿esta complementariedad anula los procesos de competencia interbancarios? De ninguna manera. Esta complementariedad va a generar un proceso de eficiencia en la colocación de recursos escasos en momentos críticos como los actuales. Fomentará el espacio para una mayor calidad institucional, el desarrollo de una gobernanza colectiva y el mejoramiento de la calidad de cada banco multilateral.

¿Solamente la banca multilateral tendría que ir hacia ese modelo de complementariedad? Pensar que la banca multilateral sola debería generar un modelo complementario es un error. Esto es parte de un modelo que debería ser la réplica de los procesos regionales, procesos que se pueden ver por ejemplo en la UE: la complementariedad entre los países dentro de una totalidad que refleja una actividad de mercado conjunta. Des-

tacamos el caso de la UE porque es el más activo y el que mayores logros en términos de cohesión y de integración económica y social ha generado.

En América Latina y el Caribe tenemos varios ejemplos de regionalización, pero con un gran problema de integración. Tanto el Mercosur, la Comunidad Andina de las Naciones, el Sistema de Integración Interamericana, la Comunidad del Caribe o la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños son esquemas regionales que promueven permanentemente la complementariedad. Sin embargo, la estrategia siempre termina siendo de base individual. Se requiere que regiones y habitantes promuevan un espacio de cohesión que permita llegar a resultados muchos más efectivos, pero desde una perspectiva de complementariedad. Se tuvo una gran posibilidad entre los años 2000 y 2015. Ha habido sinergia política entre los distintos países de América Latina para la construcción regional. Sin embargo, el aspecto declarativo no fue coherente con una política pública que forjase las bases de un gran espacio que terminase definiéndose como un modelo complementario en toda la región.

Para desmontarlo, y que el modelo se convierta de base individual a complementariedad regional, es preciso trabajar cuanto antes con los grupos regionales para intercambiar buenas

prácticas y experiencias en materias estratégicas. Estas incluyen, tal como sugiere el “Grupo de Trabajo Iberoamericano para la Recuperación Socioeconómica en el Marco de la COVID-19”, los siguientes temas prioritarios:

1. El reto de la informalidad en el empleo y los sistemas de protección social.
 2. El rol de las mipymes en la recuperación económica.
 3. Desarrollo digital para la educación y empleo.
 4. Nuevos esquemas de financiamiento.
 5. Circuito económico virtuoso: economía de colores y turismo sostenible.
- (SEGIB, 2020: 1).

Uno de los grandes problemas que se observa, tanto en la UE como en las regiones anteriormente mencionadas, es que los países no quieren delegar potestades nacionales a la región. Por supuesto esto no es simple, ya que las competencias nacionales tienen una historia de al menos 180 años. Las construcciones colectivas siempre son complejas por naturaleza. Respecto a la complementariedad de la banca multilateral puede decirse lo mismo: existen distintas culturas organizacionales, distintos enfoques en los liderazgos de cada organización, distintos intereses. Pero estamos viviendo un cambio de época y es necesario acompañar estos procesos para no seguir generando reacciones abruptas en las instituciones que lleven a nuevos colapsos sociales y económicos. ¿Qué acciones y estra-

tegias facilitarían la complementariedad? Se enumeran las siguientes:

1. Estructuración de modelos complementarios.
2. Decisión política de los gobiernos, que a su vez integren transversalmente la gobernanza de los BMD.
3. Procesos de diálogos estructurados de la banca para el desarrollo en su conjunto.
4. Planes estratégicos conjuntos en torno a un número acotado de prioridades para cada región, y llevarlos a sus sistemas de medición de metas internos en cada BMD.
5. Creación de una representación global de la banca para el desarrollo que opere estas prioridades conjuntamente.
6. Diálogo y mecanismos multisectoriales para la toma de decisión (entre Estados, empresas, universidades, sector científico, tercer sector y sociedad civil).
7. Independencia de la Banca Multilateral de Desarrollo y competencia en sectores no prioritarios.
8. Porcentaje reservado de un 10% a los procesos de innovación e investigación en los BMD.
9. Fomento de la excelencia y la transparencia.

De los Objetivos de Desarrollo Sostenible a un nuevo modelo

La pandemia como momento de crisis obliga a repensar los pactos. Por una parte, serán necesarios nuevos acuerdos; por otro, se necesita medir la distancia entre los objetivos ya

acordados y su factibilidad, entre las declaraciones y las condiciones necesarias para su cumplimiento.

A nivel global, la pandemia implica replantear, por ejemplo, el pacto acordado en relación con los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) propuestos para 2030, ya que será imposible cumplir muchas de sus metas. Por dar solo un ejemplo, para cumplir el Acuerdo de París, se requieren alrededor de 80.000 millones de dólares al año en América Latina, una cifra que en estos momentos se vuelve inalcanzable. Los ODS tendrán que ser reformulados o, por lo menos, extendidos en el tiempo. Pero también es necesario revisar qué nivel de sensibilización existía antes de la pandemia. A pesar de que solo restan 10 años para alcanzar esos objetivos, la realidad es que en muchas instituciones del mundo —y la banca no es una excepción— solo se ha alcanzado un limitado nivel de sensibilización. Esta declaración estratégica internacional, a la que se han comprometido más de 200 países, ha tenido una implementación moderada en la banca internacional, como así también en los programas nacionales o en las grandes agencias de cooperación. En los últimos años hemos recorrido escuelas de grandes ciudades y rurales, grandes empresas, estados nacionales, municipios importantes, pequeñas villas, y pudimos darnos cuenta de que existía un escaso conocimiento: los ODS eran confundidos con los Objetivos de Desa-

rollo del Milenio o, directamente, no eran conocidos.

La pandemia nos ha hecho reflexionar en función de los recursos y de las nuevas necesidades, por lo que, dada la carencia de tiempo, los 17 importantes retos de la Agenda 2030 tendrán que replantearse. Los 17 ODS son sumamente importantes y el mandato hay que cumplirlo; sin embargo, la manta es demasiado corta y, por lo pronto, los BMD y los países deberán definir qué metas priorizar.

Una agenda posible —y, sobre todo, factible en relación con las condiciones actuales— debería incluir los siguientes temas como prioritarios:

1. Pobreza extrema; seguridad alimentaria.
2. Acceso a los sistemas sanitarios.
3. Acceso al agua; vivienda y hábitat.
4. Empleo; reconversión de sectores productivos; nuevos sectores.
5. Educación; ciencia, tecnología e innovación para el desarrollo.

A estos temas prioritarios es necesario sumar tres desafíos transversales: a) digitalización; acceso universal a internet; productividad inclusiva 4.0; b) cambio climático; desastres naturales, energía verde; y c) equidad de género; empoderamiento económico de la mujer¹.

¹ Agradezco a Jorge Srur, director ejecutivo alerno por Argentina y Haití del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), por sus

Se trata entonces de reformular las prioridades y de asignar a esas prioridades un espacio concreto en la estrategia: si los ODS no se presupuestan es muy probable que seamos testigos, incluso con un aplazamiento de las metas, de un rotundo fracaso.

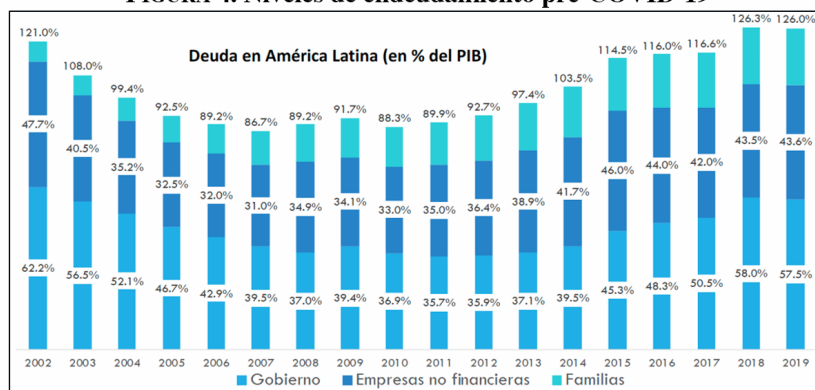
La necesidad de nuevos acuerdos es aún más acuciante en el caso de América Latina. Carmen Reinhart, la economista jefe del Banco Mundial, dijo recientemente en la conferencia anual de la CAF:

Estamos ante la peor contracción económica de la región en 100 años: 9,1% será la caída del producto interno bruto regional; las exportaciones van a caer al menos un 23%; el desempleo va a afectar a 44 millones de latinoamericanos; la desigualdad aumentará un 5%; 33 millones de personas en América Latina van a caer de los estratos medios a la pobreza, de tal manera que 8 de cada 10 personas en la región (490 millones) van a requerir de un ingreso básico y de políticas universales (Reinhart, 2020).

Estos números señalan un hecho pospandemia: es altamente probable que en ese escenario muchos países no puedan pagar sus deudas. Muchos países estarán en condición de reestructurar sus deudas y otros no podrán siquiera sostener un piso básico para satisfacer las necesidades de su ciudadanía.

Por ende, no será viable seguir planteando los viejos modelos de reestructuración o de perdón de deuda, sino que debemos ir hacia un modelo obligatoriamente colectivo, social, de inclusión. Tanto los países emergentes como los industrializados deberán acordar un modelo que permita construir una realidad sostenible. El sistema financiero y los BMD serán un instrumento dentro de esa estructura fundamental para el sostenimiento de la economía, la producción y los nuevos modelos de negocios que se generen en los próximos tiempos.

FIGURA 4. Niveles de endeudamiento pre-COVID-19



aportes en relación a este tema, expresados en la conferencia “Los bancos multilaterales de desarrollo en la pospandemia: el caso del BID” (2020).

No se trata de caratular este nuevo modelo en un extremo ideológico o en otro; se trata de formular un conjunto de ideas y acciones que deben promover una estabilidad económica y social que permita vivir en un mundo digno. Un mundo donde las personas no dejen de sentirse como tales, donde la producción y el consumo de los bienes naturales sean sostenibles, y donde un niño o niña tenga acceso a la vivienda, a la alimentación, a internet, a jugar y a poder ver a sus padres y madres durante el día. No se trata tampoco de postular un proceso utópico, de plantear una sociedad ideal —y por ideal inalcanzable— sino de diseñar, articular, consensuar iniciativas —y hacer las proyecciones econométricas y sociométricas— que hagan posible desarrollar ese proceso. Esto requerirá que se trabaje en incrementar el acceso a financiamiento de los países de manera oportuna, basado en la articulación y ampliación de mecanismos de asistencia financiera y técnica en los ámbitos macroeconómico y sectorial (salud y protección social), que conlleven un crecimiento inclusivo y sostenible, reduciendo la pobreza y permitiendo combatir la informalidad laboral y la corrupción. Este financiamiento debe ser anticíclico en los países desarrollados y en desarrollo para ayudar a mantener la actividad económica, y especialmente los empleos. Hay más de 400 bancos de desarrollo en el mundo, todos representan “cuencas de recursos financieros” que deben

desempeñar un papel vital para frenar el declive económico y social, y financiar la transformación aquí propuesta.

Estamos ante una coyuntura única. El escenario pospandemia es probablemente la crisis internacional con mayor disponibilidad de liquidez de recursos financieros que hayamos vivido. Hay recursos disponibles de distintas fuentes, recursos públicos y privados, de sistemas financieros nacionales e internacionales, y de organismos internacionales de cooperación. Conviene potenciar estas disponibilidades mediante mecanismos que brinden financiamiento accesible para las empresas con asistencia técnica, garantías y avales, así como otros instrumentos de riesgo ajustados al contexto socioeconómico de los países. También es necesario incorporar al sector privado y la academia, permitiendo ampliar el diálogo y el impacto de las acciones. Lo anterior debe hacerse de la mano de la ampliación del espacio fiscal de los países para apalancar políticas públicas transformadoras (reformas). Esto se puede lograr mediante préstamos de largo plazo en condiciones adecuadas, garantías para relanzar la actividad económica y estudiar posibles reestructuraciones de pagos de deuda, bajando cuotas por mayor plazo y menores tasas de interés. Y se puede complementar con líneas de crédito de rápido acceso y préstamos blandos, con posibles donaciones bilaterales y reasignación de recursos

previamente aprobados para financiar nuevas prioridades.

La actual coyuntura excepcional debería impulsarnos a utilizar estos recursos siguiendo un modelo proactivo, de diálogo estructurado que incluya a todos los sectores, y con el acento en la complementariedad en lugar de en la competencia. Si asumimos estos retos, los BDM están llamados a ser una pieza clave en el diseño y la implementación de un nuevo modelo de desarrollo.

Maximiliano Alonso está graduado en Administración, y es magíster en Dirección y Gestión por el Centro de Estudios Financieros de España, máster en Management Publique por la Universidad Libre de Bruselas y doctor en Economía. Como especialista en políticas y programas europeos ha impartido conferencias en universidades de la UE y de ALC. En 2009 fundó en Bruselas la organización CONEXX-EUROPE, asociada como centro de investigación y desarrollo a la Universidad Libre de Bruselas. En 2016 fue nombrado parte del Directorio del Observatorio Regional de Responsabilidad Social para América Latina y el Caribe (ORSALC-UNESCO), y en 2017 miembro del Consejo Consultivo de la Asociación Mexicana para la Educación Internacional. Desde 2020 es director titular por la silla compartida entre Argentina y Colombia en el Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE).

Referencias bibliográficas

CEPAL (2020): “Enfrentar los efectos cada vez mayores del COVID-19 para una reactivación con igualdad: nuevas proyecciones”. Santiago (15 de julio de 2020).

PWC (2017): “The long view: how will the global economic order change by 2050?”, PricewaterhouseCoopers (febrero).

REINHART, C. (2020): “Sesión I: La recuperación económica post Covid-19 y el futuro del contrato social en las Américas”, 24ª Conferencia Anual CAF (9-11 septiembre).

SANAHUJA, J. A. (2020): “COVID-19 en América Latina: la economía política de las respuestas gubernamentales”, *Pensamiento Iberoamericano* 3/1, Madrid, SEGIB, pp. 24-33.

SECRETARÍA GENERAL IBEROAMERICANA (2020): “Memoria del Grupo de Trabajo Iberoamericano para la Recuperación Socioeconómica en el Marco del Covid-19”, Madrid, SEGIB (31 de octubre 2020).

Fundación Carolina, enero 2021

Fundación Carolina
C/ Serrano Galvache, 26.
Torre Sur, 3ª planta
28071 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

ISSN: 2695-4362
https://doi.org/10.33960/AC_01.2021

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)